

LÁZARO

Lázaro alzó los párpados caídos
al reclamo solícito de Marta.

Los ojos que habían visto, se posaron
sin ver, sobre los otros comensales.

De las cuencas que un día los gusanos
mordieran con fruición, cayó una leve
ceniza de Misterio, lívido resplandor,
y sacudió las almas, soplo de Eternidad,
como sacude los frutos en las ramas,
ráfaga otoñal.

Se alzaron todos del festín, huyendo
de aquel que ya sabía;
y cubriéndose el rostro con el mando,
Marta se alzó llorando, y a María
le faltó el suelo bajo el pie.

Lázaro, impasible, proseguía
su visión de los siglos y los mundos.

Se fatigó hasta la piedad fraterna
al contacto de piedra del hermano;
Lázaro, impávido, seguía

el vuelo de los siglos y los mundos.

De mirar más allá, ya no veían
sus pupilas el reino de los vivos;
y su cuerpo nostálgico, tenía
la actitud alargada de las tumbas.

Cayeron siglos sobre él. Sus cuencas
deslumbradas de Eternidad, en vano
proseguían
su visión del Misterio. Lázaro maldecía
el don funesto de su nueva vida,
estrecho reino de los vivos, para
su amplia visión de Esfinge desvelada.
Lázaro, impasible, proseguía
el vuelo de los siglos y los mundos.

Y al fin, un día, de calmar cansado,
por su reino de paz en el sepulcro,
se recostó, temblando de otro nuevo
funesto don de Jesucristo.